

Las aventuras y desventuras de Pelusita

Por

Vania Figueroa



09/24/2011

Al Pelusita se lo podía encontrar en la feria de la Avenida Argentina, buscando a alguna dama que mostrara dificultades para cargar sus bolsos de compras. Se ofrecía para ayudarles, esperando de esa manera ganarse algún dinero.

El pelusita era el producto natural de barrio. En cada barrio no había uno, sino varios que respondían a esa designación. Eran niños entre ocho y doce años que andaban a pie pelado, casi todos se vestían de pantalón corto y con tan sólo una camisita blanca.

Bulliciosos, inquietos, daban rienda suelta a sus energías en los diversos juegos en boga en aquella época. Era frecuente encontrar a un grupo de ellos empeñados en un partido de fútbol con pelota de trapo.

Una cosa diferente era *El Pelusa*. El Pelusa era un niño que al crecer había adquirido malas costumbres. Se había vuelto falto de respeto y había comenzado a cometer algunos pequeños actos delictivos. Era un niño que no había podido ir más allá de los primeros años

en la escuela.

Al pelusita lo conocí personalmente. Puedo garantizarles que en las escuelas nunca llegaron a aplicarle a este niño el apodo de *Pelusa*.

Cuando el pelusita fue a su primer año de la escuela básica, tuvo que hacer cada día un recorrido que obligaba a bajar desde la calle Ramaditas, en el cerro Ramaditas, hasta la calle Santa Elena y desde allí subir al cerro de enfrente. Allí estaba la escuela donde su madre lo había matriculado. Asistió solamente una semana. Después de esa semana, el niño le dijo a su madre que no quería seguir yendo a la escuela, porque “la maestra no sabía enseñar”.

Uno podría creer que ese niño no tenía edad ni experiencia suficiente para criticar el método de su maestra. Lo cierto es que en la segunda escuela el niño demoró tan sólo una semana en aprender a leer. Allí cumplió sus siete años.

Pero llegó un día triste para el niño. Su madre se sintió muy enferma y fue hospitalizada. Pelusita fue a visitarla y lo siguió haciendo cuando podía, pero una ocasión en que llegó con el deseo de verla, encontró que su cama estaba desocupada. Preguntó a una de las enfermeras, pensando que podrían haberla traslado, pero ella le dio la noticia triste: su madre había partido de este mundo. Su madre era su mundo, era lo más grande y valioso que él tenía. De repente, se vio enfrentado a una terrible realidad: su madre ya no estaba más.

Las cosas en el hogar experimentaron un vuelco brusco. Como no estaba presente la madre, el padre no encontró otra manera mejor de conseguir que las cosas de la casa fueran cumplidas que delegando esa tarea en su hijo mayor. Había que atender a los dos hermanitos de cinco y tres años, había que cocinar, y en ese punto, darle gusto al padre. Muy pronto el niño se sintió abrumado por el peso de tan grande responsabilidad y decidió hacer abandono del hogar. Entonces se fue a vivir con su padrino donde dormía en una cama que se le improvisaba en el suelo. La abuela del Pelusita quiso buscar un lugar donde su nieto

pudiera estar en mejores condiciones e hizo los trámites necesarios para internarlo en un hogar de niños sostenido por el gobierno.

Años pasaron y el Pelusita, ya joven, fue a una escuela bíblica donde conoció a la mujer que sería su esposa. Su nombre era Marisol. Ciertamente era hermosa, muy hacendosa y con una mente ágil que le permitía desempeñarse en una forma brillante en las ocasiones en que le tocaba tener participación en algún evento. El joven creía adivinar que en lo más íntimo del ser de aquella joven también estaba ardiendo un fuego semejante al suyo. Se acercaba el cumpleaños de Marisol. Quería encontrar algo especial para ella y finalmente, después de buscar encontró un prendedor de fantasía con un diseño hermoso. Con el corazón palpitante le entregó el regalo a Marisol y ella entendió perfectamente el mensaje y dio señal de conformidad y aceptación.

Este fue uno de los momentos cumbres en la vida del joven. Que Marisol lo aceptara significaba un logro anhelado. Estaba feliz y quería decírselo a todo el mundo. Su hermosa e inteligente compañera de estudios lo consideraba ya como su novio.

Los jovencitos se casaron y tuvieron ocho hijos. La joven pareja pensó siempre que era su deber ante los ojos de Dios tenderles la mano a los seres cuya suerte en la vida había sido adversa. Parecía como si Dios estuviera siempre usando las manos de ellos para que pudieran socorrer a los necesitados. Sus vidas ahora mostraban calor y ternura lo que contrarrestaba con el trato frío, esquivo y egoísta, tan común en la mayoría de los seres humanos.

Dejo como moraleja de esta historia el siguiente dicho: *Rico no es el que más tiene, sino el que más da.*